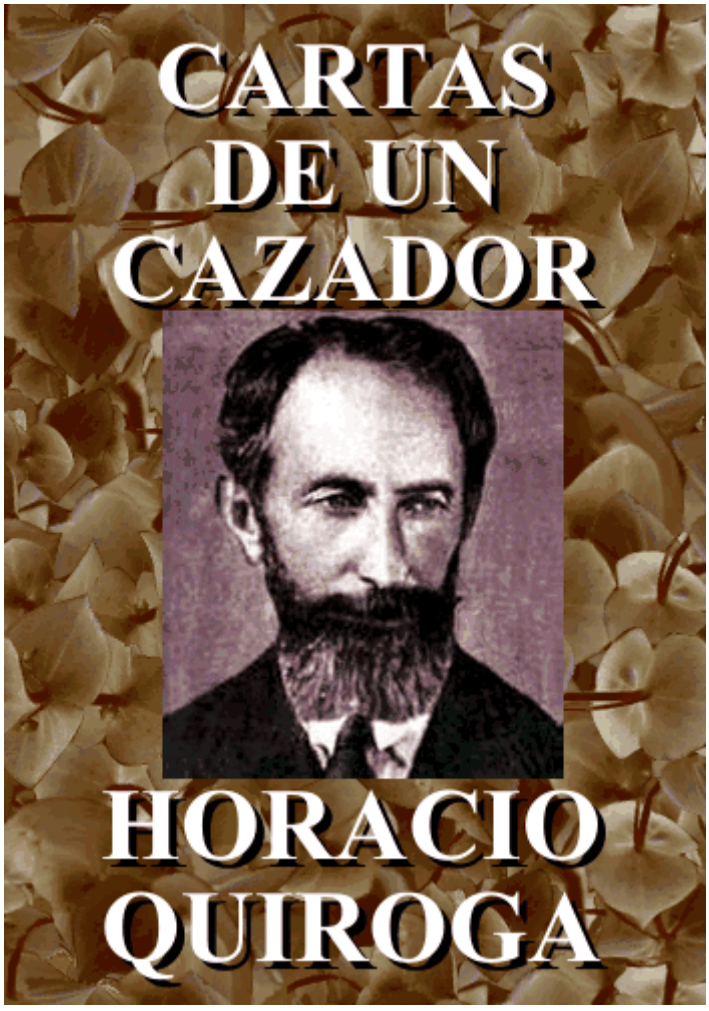
LIBRO dot.com

CARTAS DE UN CAZADOR

HORACIO QUIROGA



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

EL HOMBRE FRENTE A LAS FIERAS

Todas las historias, y algunas tremendas, que van a leerse con este título, son el relato fiel de las cacerías que un compatriota nuestro efectuó en todas las selvas, los desiertos y los mares del nuevo y viejo mundo.

Lo que primero notará el lector de estas historias, son las expresiones muy familiares a su oído, que usa en sus relatos el cazador. Pero esto se debe a que estas historias fueron contadas por cartas a unas tiernas criaturas, por su mismo padre, quien las escribió así a fin de ser perfectamente comprendido.

Tal como los envió a sus hijos van, pues, estos relatos, donde no faltan aventuras terribles, como aquella en que el hombre enloquecido de pavor fue perseguido durante dos horas mortales por una inmensa serpiente de la India; ni faltan aventuras chistosísimas, como las que se desarrollaron durante una noche y un día enteros, persiguiendo a un tatú carreta de un metro de largo, en los pajonales de Formosa.

Nosotros, que hemos devorado una por una estas cartas, sabemos lo que espera al niño que lee por sí solo estos relatos de caza. Y si hacemos esta advertencia es porque casi nunca el lenguaje de las historias para niños se adapta al escaso conocimiento del idioma que aún tienen ellos.

Es menester que las personas mayores les lean los cuentos, explicándoles paso a paso las palabras y expresiones que los niños de catorce años conocen ya, pero que los niños de seis a diez ignoran todavía.

Quien escribió estas cartas fue un padre; y las escribió a sus dos hijitos, en el mismo lenguaje y en el mismo estilo que si hablara directamente con ellos. Si nos equivocamos al pretender llegar hasta ellos sin intermediario, paciencia; si no, nos felicitaremos vivamente de haberlo intentado con éxito.

Varias de éstas cartas están manchadas con sangré. Muchas de ellas no están escritas ni en papel, ni en trapo, ni siquiera en cuero: posiblemente en hojas de árboles o láminas de mica.

Hay una en la cual no se lee nada; pero si se pasa por encima de ella una plancha caliente aparecen las letras.

Dos cartas, escritas en las márgenes del río Araguaya, están envenenadas; bastarían para matar a varias personas.

A una de ellas, en fin, le falta la mitad: la otra mitad quedó en la boca de un enorme oso gris de Norte América, o sea el grizzli, que es la bestia más temible para el hombre.

Como se ve, no falta variedad en tales cartas. Y ello se explica por las condiciones diversas y muchas veces angustiosas en que fueron escritas.

Siempre, o, por lo menos, mientras pudo hacerlo, el cazador escribió a sus chicos en seguida de soportar una de estas sangrientas luchas. Pero, aunque el padre no insiste mucho en los detalles terroríficos, para no sacudir demasiado la imaginación de las tiernas criaturas, ¡qué angustias, qué horrores, qué alegrías mismas no están ocultas en ésta carta pesada de sangre, en esa perforada por los colmillos de una serpiente de cascabel, en aquélla otra escrita bajo la embriaguez venenosa que produce la miel de ciertas abejas salvajes! Muchas veces el hombre las escribió de

noche, al raso bajo la luz de su linterna eléctrica, que iluminaba el papel y la mano tal vez vendada que temblaba al escribir las palabras. En otras noches, cuando la lluvia y el viento sacudían enloquecidos la lona de la carpa, acaso el cazador, sin pilas para la linterna, y tiritando de chucho, escribió esas cartas al resplandor verdoso de dos cucuyos o grandes bichos de luz de los países calientes.

Fuertes penurias pasó ese cazador, pero gracias a ellas sus chicos se criaban sanos, contentos y alegres, porqué nos olvidábamos de decir que el hombre vivía de ésas penurias. Con el producto de las pieles, las plumas y los colmillos de los animales cazados vivían el cazador y sus hijitos. El hombre obtenía de las selvas otros productos más, y algunos rarísimos. Pero esto lo iremos viendo en el transcurso de estos relatos.

Dos palabras ahora para terminar.

Por insistente pedido del cazador, persona sumamente conocida, omitimos su nombre. Bástenos saber que sus chicos le llamaban Dum-Dum, exactamente como se les llama a ciertas balas famosas para cazar grande s fieras. De éstas balas de las armas que usaba el cazador, de sus trampas y demás particularidades de la vida en las grandes selvas, nos iremos enterando poco a poco.

La primera carta de la serie es el relato de la cacería de un tigre cebado. Sólo una cosa podemos adelantar: y es que, precisamente esta primera carta está, en todos sus costados, manchada de sangre humana.

CAZA DEL TIGRE

Chiquitos míos:

Lo que más va a llamar la atención de ustedes, en esta primera carta, es el que esté manchada de sangre. La sangre de los bordes del papel es mía; pero en medio hay también dos gotas de sangre del tigre que cacé esta madrugada.

Por encima del tronco que me sirve de mesa, cuelga la enorme piel amarilla y negra de la fiera.

¡Qué tigre, hijitos míos! Ustedes recordarán que en las jaulas del zoo hay un letrero que dice: "Tigre cebado". Esto quiere decir que es un tigre que deja todos los carpinchos del río por un hombre. Alguna vez ese tigre ha comido a un hombre; y le ha gustado tanto su carne, que es capaz de pasar hambre acechando días enteros a un cazador, para saltar sobre él y devorarlo, roncando de satisfacción.

En todos los lugares donde se sabe que hay un tigre cebado, el terror se apodera de las gentes, porque la terrible fiera abandona entonces el bosque y sus guaridas para rondar cerca del hombre. En los pueblitos aislados dentro de la selva, durante el día mismo, los hombres no se atreven a internarse mucho en el monte. Y cuando comienza a oscurecer, se encierran todos, trancando bien las puertas.

Bien, chiquitos. El tigre que acabo de cazar era un tigre cebado. Y ahora que están enterados de lo que es una fiera así enloquecida por la carne humana, prosigo mi historia.

Hace dos días acababa de salir del monte con dos perros, cuando oigo una gran gritería. Miro en la dirección de los gritos, y veo tres hombres que vienen corriendo hacia mí. Me rodean en seguida, y uno tras otro tocan todo mi winchester, locos de contento. Uno me dice:

-¡Che, amigo! ¡Lindo que viniste por aquí! ¡Macanudo tu guinche, che amigo!

Este hombre es misionero, o correntino, o chaqueño, o formoseño, o paraguayo. En ninguna otra región del mundo se habla así.

Otro me grita:

-¡Ah, vocé está muito bom! ¡Con la espingarda de vocé vamos a matar o tigre damnado!

Este otro, chiquitos míos, es brasileño por los cuatro lados. Las gentes de las fronteras hablan así, mezclando los idiomas.

En cinco minutos me enteran de que han perdido ya cuatro compañeros en la boca de un tigre cebado: dos hombres, y una mujer con su hijito.

Pero su alegría al verme, dirán ustedes ¿de qué proviene?

Proviene, chiquitos míos, de que los cazadores de monte, aquí en el monte de Misiones, usan pistolas o escopetas a las que han cortado casi del todo los cañones, por lo cual yerran muchos tiros. Y usan esas cortas armas porque en la selva tropical estorban mucho las armas de cañones largos, cuando se tiene que correr a todo escape tras de los perros.

Mi winchester, pues, que es un arma de precisión y carga catorce balas, entusiasma a los pobres cazadores.

Me dan datos recientes del tigre. Anoche mismo se lo ha oído roncar alrededor de los ranchos: hasta que, cerca de la madrugada, ha arrebatado un chancho entre los dientes, exactamente como un perro que se lleva un pedazo de pan.

Ustedes deben saber, chiquitos, que el tigre que ha matado y ha comido ya parte de un animal corpulento, vuelve siempre a la noche siguiente a comer el resto de su caza. Durante el día se oculta a dormir; pero a la noche vuelve fatalmente a concluir de devorar su presa.

Los cazadores y yo, pues, hallamos el rastro del tigre, y poco después, en un espeso tacuaral, lo que quedaba del pobre chancho. Allí mismo sujetamos cuatro tacuaras con ocho o diez travesaños a tres metros de altura, y trepando arriba, nos instalamos a esperar a la fiera; el cazador correntino, el paraguayo, el brasileño y yo.

Las sombras comenzaban ya a invadir la selva cuando estuvimos instalados allá arriba. Y al cerrar del todo la oscuridad, al punto de que no nos veíamos las propias manos, apagamos todos los cigarros y dejamos de hablar.

¡Ah, chiquitos, ustedes no se figuran lo que es permanecer horas y horas sin moverse, a pesar de los calambres y de los mosquitos que lo devoran a uno vivo! Pero cuando se caza de noche al acecho, hay que proceder así. El que no es capaz de soportar esto, se queda tranquilo en su casita, ¿verdad?

Pues bien; mis compañeros, con sus escopetas recortadas y yo, con mi winchester, esperamos y esperamos en la más completa oscuridad...

¿Cuánto tiempo permanecimos así? A mí me parecieron tres años. Pero lo cierto es que de pronto, en la misma oscuridad y el mismo silencio, sin que una sola hoja se hubiera movido, oí una voz que me decía sumamente bajo al oído:

-Lá está o bicho...

¡Allí estaba, en efecto, el tigre! Estaba debajo de nosotros, un poco a la izquierda, ¡y ninguno lo había oído llegar!

¿Ustedes creerán que veía al tigre? Nada de eso. Veía dos luces verdes e inmóviles, como dos piedras fosforescentes, y que parecían estar lejísimo. ¡Y ninguno de los tres cazadores del monte lo había sentido llegar!

Sin movernos de nuestro sitio, cambiamos algunas palabras en bajísima voz.

-¡Apuntále bien, che amigo! -me susurró el paraguayo. Y el brasileño agregó:

-¡Apúrese vocé, que o bicho va a pular! (saltar).

Y para confirmar esto, el correntino gritó casi:

-¡Ligero, che patrón! ¡Y entre los dos ojos!

El tigre ya iba a saltar. Bajé rápidamente el fusil hasta los ojos del tigre, y cuando tuve la mira del winchester entre las dos luces verdes hice fuego.

¡Ah, hijitos míos! ¡Qué maullido! Exactamente como el de un gato que va a morir, pero cien veces más fuerte.

Mis compañeros lanzaron a su vez un alarido de gozo, porque sabían bien (creían saberlo, como se verá), sabían bien que un tigre sólo maúlla así cuando ha recibido un balazo mortal en los sesos o el corazón.

Desde arriba de las tacuaras saqué del cinturón la linterna eléctrica y dirigí el foco de luz sobre el tigre. Allí estaba tendido, sacudiendo todavía un poco las patas, y con los colmillos de fuera empapados en sangre.

Estaba muriendo, sin género de duda. De un salto nos lanzamos al suelo, y yo, todavía con la linterna en la mano, me agaché sobre la fiera.

¡Ah, chiquitos! ¡Ojalá no lo hubiera hecho! A pesar de su maullido de muerte y de las sacudidas agónicas de sus patas traseras, el tigre tuvo aún fuerzas para lanzarme un zarpazo con la velocidad de un rayo. Sentí el hombro y todo el brazo abierto como por cinco puñales, y caí arrastrado contra la cabeza del tigre.

Aquel zarpazo era el último resto de vida de la fiera.

Pero asimismo yo había tenido tiempo, mientras caía contra la fiera, de sacar velozmente el revólver cargado con balas explosivas, y descargarlo dentro de la boca del tigre.

Mis compañeros me retiraron desmayado todavía. Y ahora, mientras les escribo y la piel colgada del tigre gotea sobre el papel, siento que por bajo del vendaje escurre hasta los dedos la sangre de mis propias heridas...

Bien, chiquitos. Dentro de diez días estaré curado. Nada más por hoy, y hasta otra, en que les contaré algo más divertido.

LA CAZA DEL TATÚ CARRETA

Chiquitos míos:

En mi carta anterior les prometí un relato divertido. ¡Quién había de decirme que en plena selva, cazando un enorme animal salvaje, me iba a reír a carcajadas!

Así fue, sin embargo. Y los indios que cazaban conmigo, aunque son gente muy seria cuando cazan, bailaban de risa, golpeándose la barriga con las rodillas.

Pero antes debo decirles que esta fiesta de monte tuvo lugar un mes después de mi encuentro con el tigre cebado. Los cinco canales que me había abierto en carne viva con sus garras se echaron a perder, a pesar del gran cuidado que tuve.

(Las uñas de los animales, hijitos míos, están siempre muy sucias, y precisa lavar y desinfectar muy bien las heridas que producen. Yo lo hice así; y a pesar de todo estuve muy enfermo y envenenado por los microbios.)

Los cazadores de que les hablé en mi anterior me llevaron acostado sobre una mula hasta la costa del Paraná, y cuando pasó un vapor que volvía del Iguazú, lo detuvieron descargando al aire sus escopetas. Fui embarcado desmayado, y hasta tres días

después no recobré el conocimiento.

Hoy, un mes más tarde, como les dije, me encuentro sano del todo, en los esteros de la gobernación de Formosa, escribiéndoles sobre una cáscara de tatú que me sirve de mesa.

Bien, chiquitos. Por el título de esta carta ya han visto que se refiere a la cacería de un tatú. (Ante todo, es menester que sepan que el quirquincho, la mulita, el peludo y el tatú, son más o menos un mismo y solo animal.) Oigan ahora lo que nos pasó.

Anteayer atravesábamos el bosque para alcanzar esa misma noche las orillas del río Bermejo, tres indios y yo. Caminábamos hambrientos como zorros, cuando...

(Hijitos míos: no es tan fácil comer en el bosque como uno cree. Salvo al caer la noche y al rayar el día, en que se puede ver a los animales que salen a cazar o vuelven a sus guaridas, no se tropieza con un bicho ni por casualidad.)

Caminábamos, pues, tambaleándonos de hambre y fatiga, cuando oímos de pronto un ronquido sordo y profundo que parecía salir de bajo tierra. Ese ronquido se parecía extraordinariamente al de un tigre cuando trota bramando con el hocico en tierra. El que oímos entonces resonaba bajo nuestros pies, como si un monstruo estuviera roncando en las entrañas de la tierra.

Yo miraba estupefacto a los indios, sin saber qué pensar, cuando los indios lanzaron un chillido y comenzaron a bailar en círculo uno tras otros, mientras gritaban:

¡Tatú! ¡Tatú carreta!

Entonces comprendí de lo que se trataba; y al pensar en el riquísimo manjar que nos prometía ese ronquido, entré bailando en el círculo de los indios, y dancé como un loco con ellos.

(Para apreciar lo que es el bailar como un chico entre tres indios desnudos, es menester saber lo que es hambre, hijitos míos.)

Yo no había visto nunca un tatú carreta; pero sabía ya entonces que cualquier tatú, o mulita, o quirquincho asado, es un bocado de rey. Estaba bailando aún, cuando los indios se lanzaron monte adentro a toda carrera chillando de apetito. Yo los seguí a todo escape, al punto de que llegué casi junto con los indios hambrientos.

Y vi entonces lo que es el tatú carreta. En pleno suelo, con casi todo el cuerpo hundido en una enorme cueva, inmóvil y callado ahora, estaba el animal, cuyo ronquido habíamos oído. Era en efecto una mulita. ¡Pero qué mulita, chiquitos míos!

Apenas se veía de ella algo más que su robusto rabo. En un instante los indios se prendieron de él, y tiraron con todas sus fuerzas. El tatú, entonces, se puso a cavar... ¡Y qué terremoto! La tierra volaba como a paletadas, lastimándonos la cara por la fuerza con que salía. Con tal fuerza escarbaba el tremendo tatú, y con tanta rapidez, que la tierra salía lanzada a chorros, en sacudidas rapidísimas.

Los indios se ahogaban de tierra. Soltaron el rabo, y en un instante éste desapareció como una serpiente en la cueva. Con un grito nos lanzamos todos al suelo, hundimos el brazo hasta sujetar el rabo, y tiramos los cuatro juntos con todas nuestras fuerzas.

¡Y dale! ¡Tira! ¡Tira! Cuatro hombres con feroz apetito tiran, créanme, hijitos míos, tanto como un caballo. Pero el enorme tatú, con las abiertas uñas clavadas en tierra, y con el lomo haciendo palanca en la parte superior de la cueva, no cedía un centímetro, como si estuviera remachado.

Y tirábamos, chiquitos, tirábamos, negros de tierra, y con las venas del cuello a punto de reventar por el esfuerzo. A veces, rendidos de fatiga, aflojábamos un poco; y el tatú se aprovechaba entonces y cavaba a todo escape, lastimándonos la cara con las manotadas de tierra, que salían como de una ametralladora. ¡Tal era nuestra facha y

tan sucios estábamos, que nos reíamos a cada rato, de vernos cuatro hombres hambrientos, tirando como locos de la cola de un tatú!

Yo no sé, chiquitos, cómo hubiera concluido eso. Posiblemente hu-

biera acabado el tatú por arrastrarnos a todos dentro de su cueva, porque nosotros no hubiéramos soltado nuestro asado. Pero por suerte de pronto recorde un procedimiento infalible para sacar mulitas de la cueva.

¿Saben ustedes cuál es este procedimiento? ¡Pues... hacerle con una ramita cosquillas al animal... debajo de la cola!

(No se rían, chiquitos. Este sistema de cazar ha salvado en el monte la vida a muchas criaturas que de otro modo hubieran muerto de hambre.)

Hicimos, pues, cosquillas al tatú. Y el tatú, tal vez divertido o muerto de risa por el cosquilleo, aflojó las patas, y... ¡ligero!, ¡a un tiempo! Y de un tremendo tirón lo sacamos afuera.

¡Pero qué monstruo, chiquitos! Era más grande que veinte mulitas juntas. Más grande todavía que la gran tortuga del zoo. Pesaría tal vez cincuenta kilos y medía un metro de largo. Parecía realmente una carreta de campo, con su gran lomo redondo.

Hoy día el tatú carreta escasea bastante. Se dice que hay ejemplares más grandes aún, y que pesan centenares de kilos. Estos tatús son nietos de otros tremendos tatús carreta que existían en otras épocas, llamados gliptodontes, cuya cáscara o caparazón se puede ver en el museo de Historia Natural.

Bien chiquitos: nos comimos a nuestro respetable tatú, como si fuera una humilde mulita asada del mercado del Plata. Todavía lo estamos comiendo, muy serios; pero cuando me acuerdo de la figura que hacíamos anteayer, tirando, tirando... me río todavía... y como más tatú.

CACERÍA DEL YACARÉ

Chiquitos:

Los dos perros de caza que yo tenía, no existen más. Uno lo perdí hace ya una semana en un combate con una víbora de la cruz; el otro fue triturado ayer tarde por un inmenso yacaré.

¡Y qué perros eran, chiquitos míos! Ustedes no hubieran dado cinco centavos por ellos: tan flacos y llenos de cicatrices estaban. Mis pobres perros no se parecían a esos lanudos perros grises de policía que ustedes ven allí, juguetones y reventando de grasa, ni a esos leonados perros ovejeros, que peinan con el pelo partido al medio. Los míos eran perros de monte, sin familia conocida, ni padres muchas veces conocidos tampoco. Pero como perros de caza, bravos, resistentes y tenaces para correr, no tenían iguales.

Fíjense bien en esto: el instinto de cazar en los animales, y el perro entre ellos, es una cuestión de hambre. Cuanto más hambre tienen más se les aguza el olfato, y mayor es su tenacidad para perseguir a su presa. Un perro gordo, con el vientre bien hinchado, prefiere dormir la siesta en un felpudo a correr horas enteras tras un tigre.

Los animales, como los hombres, hijos míos, son más activos cuando tienen

hambre.

Bueno. Perdí mis perros, y si no pude vengar el primero, pues era de noche y estábamos en un pajonal, tuve en cambio el gusto de crucificar -como ustedes lo oyen- al yacaré que me devoró el segundo.

La historia pasó de este modo:

Ayer, al entrar el sol, estaba acampado a la orilla del río Bermejo, en el territorio del Chaco, cuando vi pasar, muy alto, una bandada de garzas blancas. Las seguí con la vista, pensando en el gusto con que habría bajado de un tiro dos o tres, para enviarles las largas plumas del lomo, o "aigrettes", como las llaman en las casas de modas.

Contra todo lo que esperaba de ellas, las vi abatir el vuelo sobre una pequeña laguna que dista un kilómetro de mi carpa. Cogí la escopeta, silbé a mi perro, y nos lanzamos en persecución de las garzas. Estas bellísimas y ariscas aves se reúnen para dormir al caer la noche; y tomando precauciones, yo podía acercarme hasta tenerlas a tiro. Avancé, pues, lentamente y doblado entre el pasto hasta tocar con las rodillas el pecho, y sujetando al perro del collar.

Pero, fuera que una culebra lo hubiera mordido, o lo hubiera hincado una semilla de enredadera del campo y aguda como un puñal, llamada uña de gato, el perro lanzó un grito, cuando estábamos todavía a ochenta metros de la laguna. Las garzas alzaron el vuelo con gran ruido, y apenas tuve tiempo de echarme la escopeta a la cara y descargar sobre ellas los dos cañones de la escopeta.

A pesar de la distancia, una garza cayó al agua. Mi perro se lanzó como una flecha, y cuando yo, que lo seguía corriendo, llegué a la laguna, ya el perro nadaba en dirección a la garza, que sólo estaba herida y se agitaba golpeando con sus alas el agua, como con una tabla.

Ya estaba el perro a diez metros de ella; ya la iba a alcanzar... cuando bruscamente lanzó un aullido y se hundió. Se hundió, chiquitos míos, como si lo hubieran tirado hacia abajo con fuerza incalculable. Sólo quedaba en la superficie de la laguna la garza golpeando siempre el agua, y, un poco más lejos, un borbollón de agua y burbujas de aire. Nada más.

¿Qué había pasado? ¿Qué fuerza era aquélla para absorber instantáneamente a mi perro?

. Durante un largo rato, chiquitos míos, quede como atontado, mirando obstinadamente el sitio en que se había hundido mi pobre compañero.

Yo sospechaba, estaba casi seguro de conocer el secreto de esa misteriosa laguna. Por eso, cuando al punto de cerrar la noche vi de pronto aparecer en la superficie tranquila tres puntitos negros que se mantenían inmóviles, cargué sin hacer el menor ruido el cañón derecho de la escopeta con una bala explosiva, y tomando cuidadosamente de mira el centro de los tres puntitos, hice fuego.

¡Qué brincos, chiquitos! ¡Qué sacudidas en el agua! El agua se removía en frenéticos remolinos y saltaba al aire, como si la batieran diez hélices. Y la cola del yacaré -porque era un enorme yacaré a quien había tirado- golpeaba a un lado y otro con tremendo estrépito.

¡Sí, chiquitos! Aquellos puntitos negros eran cuanto se ve de un yacaré, caimán o cocodrilo, cuando acecha en la superficie del agua. Y sólo se ven tres puntos del enorme cuerpo: los ojos, casi juntos, y un poco más lejos la extremidad de la nariz. Seguramente ese yacaré esperaba una presa cuando mi perro se echó a nado en la laguna. Y sumergiéndose entonces, nadó bajo el agua hasta alcanzarlo, abrió sus fauces sobre el vientre de mi perro... ¡y lo partió por el medio!

Lo abandonó seguramente en el fondo a que se pudriera para comerlo, y subió a la

superficie a buscar otra presa... Por desgracia, yo había errado el tiro. Sus tremendas sacudidas eran sólo de furor; pues de haberlo tocado con la bala explosiva, la mitad de su cabeza habría saltado en pedazos por la explosión.

¿Qué podía hacer entonces, hijitos míos? La noche caía, y yo continuaba ardiendo de deseos de vengar la atroz muerte de mi pobre compañero. No habiendo podido matarlo en libertad, decidí cazarlo con trampa. Y he aquí lo que hice:

Fui hasta la carpa y regresé a la laguna con un lazo, un pulmón de un oso hormiguero que había matado la noche anterior, y un largo trozo de alambre. Saqué luego punta por los dos extremos a un corto palo de quince centímetros -que me serviría de anzuelo-; lo sujeté bien al alambre, añadí el lazo al alambre, até el pulmón del oso alrededor del anzuelo y, ¡zas!, todo al agua.

¿Saben ustedes por qué empleé de cebo el pulmón, o bofe como lo llaman en el campo? Porque el pulmón contiene mucho aire, y boya. Y los yacarés andan siempre con sus ojitos a ras del agua, buscando qué comer.

Nada más me quedaba por hacer, fuera de atar a un árbol el extremo del lazo, e irme al campamento a dormir.

Pero apenas comenzaba a aclarar al día siguiente, fui hasta una toldería de indios mansos que habían corrido conmigo un tigre negro la semana anterior:

-Che, amigo -dije al cacique, hablando como ellos-. Prestáme un caballo hasta medio día.

-Y vos, ¿qué me vas a dar en cambio? -me respondió el cacique.

-Te voy a dar diez balas de winchester, una linterna eléctrica y cuatro estampillas. (Para los indios una estampilla vale tanto como para nosotros un cuadro.)

-Y una caja de fósforos -agregó el indio.

-Convenido.

-Y veinte centavos -agregó todavía.

-¡Muy bien! -concluí yo-. Aquí están todas esas cosas. ¡Venga ahora el caballo... y hasta luego!

Partí al galope en dirección a la laguna. Allí, tal como lo había dejado la tarde anterior, estaba el lazo atado al árbol. Pero el anzuelo había desaparecido de la superficie. Tiré apenas del lazo, y el lazo cedió.

Pero yo conocía las costumbres de los cocodrilos. Y me eché a sonreír, despacio también, mientras ataba con sumo cuidado el lazo a la cincha del caballo.

Y entonces, chiquitos, afirmándome bien en los estribos, comencé a alejarme de la orilla, en tanto que el lazo corría de un lado al otro en el agua, por las sacudidas del yacaré.

Pero cuando la enorme bestia asomó por fin su monstruosa cabeza negra, hizo pie en la orilla, y afirmó sus patas en las barrancas, ¡oh, entonces, chiquitos, el caballo se estiró, se estiró, sin poder arrancar a la fiera de la orilla! Y el lazo, tirante como un cable de metal, se puso entonces a sonar como una bordona de guitarra.

Durante un minuto entero (hay que darse cuenta de lo largo que es un minuto), el caballo cinchó y cinchó con todas sus fuerzas, y el tremendo yacaré, con el palo de dos puntas clavado en el fondo de la garganta, no cedía un centímetro de terreno. Y el lazo sonaba y gemía, de tirante que estaba.

¡Así un minuto entero! Por fin solté las riendas, crucé el vientre del caballo a dos rebenques, a tiempo que le hundía las espuelas en los ijares y lanzaba un estridente grito.

El caballo, enloquecido de dolor, dio un tremendo arranque... ¡y avanzó un paso! ¡Y otro más! ¡Y otro! Ya estaba vencido el monstruo. ¡Ya había aflojado! Desde ese

instante, el caballo se lanzó a la disparada, llevando a la rastra al yacaré, que iba dando tumbos por el campo desierto.

Poco más queda ya por decir, chiquitos. Al cabo de media legua, descendí del caballo. El monstruo estaba "groggy" de porrazos, y lo concluí de un tiro en el oído.

Ahora está estaqueado en cruz para mandarles la piel. Mide cinco metros bien contados, siendo uno de los grandes yacarés que hayan visto los mismos indios.

Acabo de devolver el caballo al cacique. Y para que quede más contento, le he regalado también un encendedor de yesca, un poncho colorado y una docena de bolitas.

CACERÍA DE LA VÍBORA DE CASCABEL

Chiquitos:

¿Se acuerdan ustedes de la extraña cartera de bolsillo que tenía aquel amigo ciego que vino una noche de tormenta a visitarme, acompañado de un agente de policía? Era de víbora de cascabel. ¿Y saben por qué el hombre estaba ciego? Por haber sido mordido por esa misma víbora.

Así es, chiquitos. Las víboras todas causan daño, y llegan a matar al hombre que muerden. Tienen dos glándulas de veneno que comunican con sus dos colmillos. Estos dientes son huecos, o, mejor dicho, poseen un fino canal por dentro, exactamente como las agujas para dar inyecciones. Y como esas mismas agujas, los dientes de la víbora de cascabel están cortados en chanfle o bisel, como los pitos de vigilante y los escoplos de carpintero.

Cuando las víboras hincan los dientes, aprietan al mismo tiempo las glándulas, y el veneno corre entonces por los canales y penetra en la carne. En dos palabras: dan una inyección de veneno. Por esto, cuando las víboras son grandes y sus colmillos, por lo tanto, larguísimos, inyectan tan profundamente que llegan a matar a cuanto ser muerden.

La víbora más venenosa que nosotros tenemos en la Argentina es la de cascabel. Es aún más venenosa que la yarará o víbora de la cruz. Cuando no alcanza a matar, ocasiona enfermedades muy largas, a veces parálisis por toda la vida. A veces deja ciego. Y esto le pasó a mi amigo de la cartera, quien no tuvo otro consuelo que transformar la piel de su enemiga en un lindo forro.

(Las serpientes no venenosas, hijitos míos, y que cazan a viva fuerza estrangulando a sus víctimas, tienen la piel gruesa y fuerte, que se utiliza en diversos artículos. Las serpientes venenosas o víboras son más bien debiles, y cazan sin moverse casi, utilizando su aparato de inyecciones. Tienen la piel tan fina y poco elástica que no se la puede utilizar sino como forro. Y les cuento todo esto, chiquitos, para que un día no se equivoquen cuando pretendan venderles carteras o petacas fabricadas con cueros de víboras de cascabel o de la cruz.)

Las víboras, culebras y serpientes, se cazan... como Dios quiere. No hay para ello reglas, ni fechas, ni procedimientos fijos. Se cazan en verano o invierno, de día o de noche, con un palo, un machete, un lazo o una escopeta. Cuando yo era muchacho las cazaba a cascote limpio. Es uno de los mejores procedimientos. No se las puede cazar con trampa, porque no tienen senderos fijos, ni sufren de gran hambre. Las víboras pasan fácilmente meses enteros sin comer.

La profesión del cazador de serpientes es la más pobre de todas, pues sólo por casualidad se las puede hallar. Se cuenta, sin embargo, que en ciertas regiones de Estados Unidos existen cazadores de serpientes de cascabel que obtienen bastante dinero de sus cacerías; pero no ha de ser mucho lo que ganen.

Ahora, chiquitos míos, enterados ya de la vida y milagros de las víboras, prosigo mi relato.

Recordarán que poco tiempo antes de que el gran yacaré partiera por el medio a mi pobre perro, yo había perdido al otro, muerto por una víbora de cascabel. Estábamos en ese momento en un pajonal, era de noche y no llevaba conmigo la linterna eléctrica. Hice cuanto pude por hallar a la víbora con un fósforo, en vano. El perro mordido no se quejaba, no parecía sufrir, ni dejó de saltar a mi lado cuando me dirigí corriendo con él al campamento para curarlo.

Pero apenas habíamos andado treinta metros, el perro comenzó a tambalearse y cayó. Me agaché angustiado, y lo enderecé. Quedó erguido sobre las patas delanteras; mas las otras dos patas estaban ya paralizadas.

¡Pobre mi perro, compañero mío! No había perdido su alegría; me lamía las manos y respiraba muy ligero, con la lengua de fuera. Hacía en vano esfuerzos para recoger las patas traseras. Un momento después comenzó a caerse de costado, y su respiración era tan veloz que no se la podía seguir. Al fin quedó inmóvil, muerto, con toda la lengua de fuera, muerto en cinco minutos por la inyección de veneno de la serpiente de cascabel.

¡Dios nos libre, chiquitos míos, de una fatalidad semejante! Las mordeduras de víbora no son siempre mortales, y cuando se muere es generalmente después del tercer día. Para matar en cinco minutos, la víbora debe tener la horrible suerte de clavar los dientes en una vena. Entonces la sangre se coagula casi en masa, y el pájaro, el hombre y el elefante mismo, mordidos así, mueren en seguida, sin sufrir, asfixiados. Es el caso de mi pobre perro.

La cacería del gigantesco yacaré me distrajo luego. Pero yo no había olvidado a la víbora asesina, y me disponía a dar una batida por el mismo pajonal, cuando la casualidad me puso en contacto con ella, mucho más íntimamente de lo que yo hubiera querido.

Volvía una tarde del campamento, cuando fui sorprendido por una tormenta de viento y agua, a más no pedir. Durante cuatro horas caminé empapado de lluvia, al punto que no quedó nada sobre mí que no chorreara agua: ropas, cuerpo, fósforos, libreta, encendedor. Hasta la misma linterna eléctrica inutilizada.

A la luz de los relámpagos pude felizmente llegar hasta la carpa. Caí rendido en la manta, y me dormí con un sueño agitado de pesadilla. A altas horas de la noche desperté de golpe con terrible angustia. Soñaba que en el suelo, echado de vientre a mi lado, un monstruo me estaba espiando para arrojarse sobre mí al menor movimiento mío. En el profundo silencio y oscuridad (la lluvia y el viento habían cesado), hice un movimiento para levantarme. Y en ese instante, a mi lado mismo, sonó el cascabel de una víbora. ¡Ah chiquitos! no pueden tener idea ustedes de lo que es hallarse en la oscuridad acostado en el suelo, sin un solo fósforo, y amenazado de ser mordido en el cuello por una víbora venenosísima, al menor movimiento.

Ustedes deben saber que las serpientes de cascabel sólo hacen sonar sus crótalos cuando, al sentirse en peligro, se hallan prontas para atacar. Cuando se oye en el monte el cascabel de una víbora hay que detenerse instantáneamente y no mover un solo dedo. Entonces se mira con gran lentitud a los pies y alrededor de los pies, hasta que se ve al animal. Una vez conseguido esto, se puede saltar a uno u otro lado. ¡Pero

cuidado con hacer, antes de verla, un solo movimiento!

¡Y ahora figúrense, chiquitos, lo que es hallarse en las tinieblas tendido de espaldas, con una víbora irritadísima al lado, a quien había enfurecido con algún brusco movimiento mientras dormía, y que estaba esperando otro movimiento para saltarme al cuello!

Para mayor angustia, si yo no la veía, ella me veía a mí perfectamente, pues las víboras de cascabel ven de noche muchísimo mejor que de día. ¿Dónde precisamente estaba? ¿Arrollada, junto a mi cabeza, junto al hombro, junto a la garganta? Imposible precisarlo, porque la estridente vibración del cascabel, a semejanza del chirrido de ciertas langostitas verdes del verano, parece salir de todas partes.

Conforme pasaban los instantes, la víbora disminuía su agitación; pero apenas insinuaba yo el menor movimiento para incorporarme y ponerme en salvo, la víbora se enfurecía, creyéndose atacada, pronta para hundirme los colmillos.

¿Cuánto tiempo pasó así? Minutos, minutos eternos... Tal vez horas. Y no sé qué hubiera sido de mí, pues comenzaba a enloquecerme, cuando hacia afuera de la carpa sonó otro cascabel.

¡Otra! ¡Dos serpientes de cascabel! ¡Como si una sola no fuera bastante! Ya iba a lanzar un grito de fatal desesperación... ¡Una súbita luz iluminó como un rayo mis ideas! ¡Salvado! ¡Estaba salvado! Me encontraba salvado, chiquitos, porque estábamos en primavera; y aquel segundo cascabeleo no indicaba otra cosa que un canto o reclamo de amor, o un grito de guerra. La víbora que cantaba afuera era hembra o macho, y la que cantaba su canto de muerte sobre mi oído era macho o hembra. Yo no lo sabía, ni nada me importaba. Y si cantaban con la cola eso era también asunto de ellas. Pero lo cierto es que de un momento a otro, el monstruo que me sitiaba iba a abandonarme para ir al encuentro de su compañero. Se harían el amor o se despedazarían. Para mí tanto daba una cosa como la otra, con tal que me dejaran libre.

Y así pasó, chiquitos míos. Justo cuando la alborada rompía por fin, sentí el frufrú de las escamas de la víbora de cascabel que me abandonaba. De un salto estuve en pie. Permanecí un rato sin moverme, sin ver nada aún. Pero diez minutos más tarde, la luz de la lívida aurora de lluvia me permitió ver, a la puerta misma de la carpa, dos enormes víboras de casacabel que se pasaban y repasaban una por encima de la otra, como si eso les diera gran placer.

Fue lo último que hicieron en este mundo, pues un instante después ambas volaban deshechas de un tiro de escopeta. Con éstas van los dos cascabeles, chiquitos. Pero si sus propietarios se hacían el amor o luchaban cuando las vi contra la lona, no lo sabré nunca.

CACERÍA DEL HOMBRE POR LAS HORMIGAS

Chiquitos:

Si yo no fuera su padre, les apostaría veinte centavos a que no adivinan de dónde les escribo. ¿Acostado de fiebre en la carpa? ¿Sobre la barriga de un tapir muerto? Nada de esto. Les escribo acurrucado sobre las cenizas de una gran fogata, muerto de

frío... y desnudo como una criatura recién nacida.

¿Han visto cosa más tremenda, chiquitos? Tiritando también a mi lado y desnudo como yo, está un indio apuntándome con la linterna eléctrica como si fuera una escopeta, y a su círculo blanco yo les escribo en una hoja de mi libreta... esperando que las hormigas se hayan devorado toda la carpa.

¡Pero qué frío, chiquitos! Son las tres de la mañana. Hace varias horas que las hormigas están devorando todo lo que se mueve, pues esas hormigas, más terribles que una manada de elefantes dirigida por tigres, son hormigas carnívoras, constantemente hambrientas, que devoran hasta el hueso de cuanto ser vivo encuentran.

A un presidente de Estados Unidos, llamado Roosevelt, esas hormigas le comieron, en el Brasil, las dos botas en una sola noche. Las botas no son seres vivos, claro está; pero están hechas de cuero, y el cuero es una sustancia animal.

Por igual motivo, las hormigas de esta noche se están comiendo la lona de la carpa en los sitios donde hay manchas de grasa. Y por querer comerme también a mí, me hallo ahora desnudo, muerto de frío, y con pinchazos en todo el cuerpo.

La mordedura de estas hormigas es tan irritante de los nervios, que basta que una sola hormiga pique en el pie para sentir como alfilerazos en el cuello y entre el pelo. La picadura de muchísimas puede matar. Y si uno permanece quieto, lo devoran vivo.

Son pequeñas, de un negro brillante, y corren en columnas con gran velocidad. Viajan en ríos apretadísimos que ondulan como serpientes, y que tienen a veces un metro de anchura. Casi siempre de noche es cuando salen a cazar.

Al invadir una casa, se desparraman por todas partes, como enloquecidas de hambre, buscando a la carrera un ser vivo que devorar. No hay hueco, agujero ni rendija, por angosta que sea, donde las hormigas carnívoras no se precipiten. Si hallan algún animal, en un instante se prenden de él con los dientes, mordiéndolo con terrible furia.

Yo he visto una langosta, chiquitos, deshacerse en un instante bajo sus dientes. En breves momentos todo el cuerpo de la langosta, como un juguete mecánico, yacía desparramado: patas, alas, cabeza, antenas, todo yacía desarticulado, pieza por pieza. Y con igual velocidad se llevaban cada articulación, y no por encima y a lo largo del lomo, como las hormigas comunes, sino por bajo el cuerpo, sujetando los pedazos con sus patas contra el abdomen. Y no por esto su carrera es menos veloz.

No hay animal que pueda enfrentar a las hormigas carnívoras. Los tapires y los tigres mismos, huyen de sus guaridas apenas las sienten. Las serpientes, por inmensas que sean, huyen a escape de sus guaridas. Para saber lo que son estas hormigas es preciso haberlas visto invadir un lugar en negros ríos de destrucción.

Ayer de mañana, chiquitos, llovió con fuerte viento sur, y el cielo, límpido y sereno al atardecer, nos anunció una noche de helada. Al caer el sol me paseaba yo por el campamento con grueso sweater y fumando, cuando una víbora se deslizó a prisa entre la carpa y yo.

-¡Víboras en invierno, y con este frío! -me pregunté sorprendido-. Debe de pasar algo raro para que esto suceda.

Miraba aún el blanco pastizal quemado por la escarcha en que se había hundido la víbora, cuando un ratón de campo pasó a escape entre mis pies. Y en seguida otro, y luego otro, y después otro más.

Hacia la carpa avanzaba a ras de las patas, brincando y volando de brizna a brizna, una nube de langostitas, cascarudos, vinchucas de monte, arañas; todos los insectos, chiquitos míos, que habían resistido al invierno, huían como presa de pánico.

¿Qué podía ser esto? Yo lo ignoraba entonces. No amenazaba tormenta alguna. El bosque se iba ocultando en la sombra en serena paz.

Me acosté, sin acordarme más del incidente, cuando me despertó un chillido de hurón que llegaba del monte. Un instante después sentí el ladrido agudo y corto del aguará-guazú. Y un rato después el bramido de un tigre. El indio, hecho un ovillo, de espaldas al fuego, roncaba con grande y tranquila fuerza.

-Con seguridad no pasa nada en el monte -dije al fin-. Si no, el indio se hubiera despertado. E iba a dormirme de nuevo, cuando oí, fuera de la carpa, el repiqueteo de una serpiente de cascabel.

¿Se acuerdan ustedes, chiquitos míos, de la aventura que tuve con una de ellas? El que ha oído una sola vez en el monte el ruido del cascabel, no lo olvida por el resto de sus días.

¿Pero qué les pasaba a los animales esa noche, que se agitaban hasta el punto de exponerse algunos, como las víboras, a morir de frío bajo la helada?

Me eché fuera de las mantas, y cogí la linterna eléctrica. En ese mismo instante sentí como cien mil alfilerazos que se hundían en mi cuerpo. Lancé un grito que despertó al indio, y llevándome la mano a la cara, barrí de ella una nube de hormigas adheridas que me picaban con furor.

Todo: cuerpo, mantas, ropa, todo estaba invadido por las hormigas carnívoras. Saltando sin cesar, me arranqué las ropas, mientras el indio me decía:

-¡Corrección, corrección! (Es el nombre que dan por allá a esas hormigas.) ¡Las hormigas que matan! Indio no sale de fuego, porque hormigas lo comen enterito.

-¡Ojalá te coman siquiera la nariz! -grité yo enojado y corriendo afuera, donde fui a caer de un brinco sobre un palo encendido, que saltó por el aire con un reguero de chispas. Entretanto, todo el piso alrededor de la hoguera estaba lleno de hormigas que corrían de un lado para otro buscando qué devorar. La carpa estaba también toda invadida de hormigas, y el país entero, quién sabe hasta dónde.

Desde la mañana, seguramente, el ejército de hormigas había iniciado el avance hacia nosotros, devorando y poniendo en fuga ante ellas a las víboras, los insectos, y las fieras mismas que se desbandaban ante las hordas hambrientas.

Hasta la madrugada posiblemente estaríamos sitiados, y luego las hormigas llevarían a otra parte su devastación. Pero entretanto son apenas las tres de la mañana y el fuego acaba de consumirse. Imposible sacar un pie fuera del círculo de cenizas calientes: nos devoran.

Acurrucado en el centro de lo que fue hoguera, desnudo como un niño, y tiritando de frío, espero el día escribiéndoles, chiquitos, a la luz de la linterna eléctrica, mientras dentro de la carpa las hormigas carnívoras están devorando mis últimas provisiones.

LOS BEBEDORES DE SANGRE

Chiquitos:

¿Han puesto ustedes el oído contra el lomo de un gato cuando runrunea? Háganlo con Tutankamón, el gato del almacenero. Y después de haberlo hecho, tendrán una idea clara del ronquido de un tigre cuando anda al trote por el monte en son de caza.

Este ronquido que no tiene nada de agradable cuando uno está solo en el bosque, me perseguía desde hacía una semana. Comenzaba al caer la noche, y hasta la madrugada el monte entero vibraba de rugidos.

¿De dónde podía haber salido tanto tigre? La selva parecía haber perdido todos sus bichos, como si todos hubieran ido a ahogarse en el río. No había más que tigres: no se oía otra cosa que el ronquido profundo e incansable del tigre hambriento, cuando trota con el hocico a ras de tierra para percibir el tufo de los animales.

Así estábamos hacía una semana, cuando de pronto los tigres desaparecieron. No se oyó un solo bramido más. En cambio, en el monte volvieron a resonar el balido del ciervo, el chillido del agutí, el silbido del tapir, todos los ruidos y aullidos de la selva. ¿Qué había pasado otra vez? Los tigres no desaparecen porque sí, no hay fiera capaz de hacerlos huir.

¡Ah, chiquitos! Esto creía yo. Pero cuando después de un día de marcha llegaba yo a las márgenes del río Iguazú (veinte leguas arriba de las cataratas), me encontré con dos cazadores que me sacaron de mi ignorancia. De cómo y por qué había habido en esos días tanto tigre, no me supieron decir una palabra. Pero en cambio me aseguraron que la causa de su brusca fuga se debía a la aparición de un puma. El tigre, a quien se cree rey incontestable de la selva, tiene terror pánico a un gato cobardón como el puma.

¿Han visto, chiquitos míos, cosa más rara? Cuando le llamo gato al puma, me refiero a su cara de gato, nada más. Pero es un gatazo de un metro de largo, sin contar la cola, y tan fuerte como el tigre mismo.

Pues bien. Esa misma mañana, los dos cazadores habían hallado cuatro cabras, de las doce que tenían, muertas a la entrada del monte. No estaban despedazadas en lo más mínimo. Pero a ninguna de ellas les quedaba una gota de sangre en las venas. En el cuello, por debajo de los pelos manchados, tenían todas cuatro agujeros, y no muy grandes tampoco. Por allí, con los colmillos prendidos a las venas, el puma había vaciado a sus víctimas, sorbiéndoles toda la sangre.

Yo vi las cabras al pasar, y les aseguro, chiquitos, que me encendí también en ira al ver las cuatro pobres cabras sacrificadas por la bestia sedienta de sangre. El puma, del mismo modo que el hurón, deja de lado cualquier manjar por la sangre tibia. En las estancias de Río Negro y Chubut, los pumas causan tremendos estragos en las majadas de ovejas.

Las ovejas, ustedes lo saben ya, son los seres más estúpidos de la creación. Cuando olfatean a un puma, no hacen otra cosa que mirarse unas a otras y comienzan a estornudar. A ninguna se le ocurre huir. Sólo saben estornudar, y estornudan hasta que el puma salta sobre ellas. En pocos momentos, van quedando tendidas de costado, vaciadas de toda su sangre.

Una muerte así debe ser atroz, chiquitos, aun para ovejas resfriadas de miedo. Pero en su propia furia sanguinaria, la fiera tiene su castigo. ¿Saben lo que pasa? Que el puma, con el vientre hinchado y tirante de sangre, cae rendido por invencible sueño. El, que entierra siempre los restos de sus víctimas y huye a esconderse durante el día, no tiene entonces fuerzas para moverse. Cae mareado de sangre en el sitio mismo de la hecatombe. Y los pastores encuentran en la madrugada a la fiera con el hocico rojo de sangre, fulminada de sueño entre sus víctimas.

¡Ah, chiquitos! Nosotros no tuvimos esa suerte. Seguramente cuatro cabras no eran suficientes para saciar la sed de nuestro puma. Había huido después de su hazaña, y forzoso nos era rastrearlo con los perros.

En efecto, apenas habíamos andado una hora cuando los perros erizaron de pronto

el lomo, alzaron la nariz a los cuatro vientos y lanzaron un corto aullido de caza: habían rastreado al puma.

Paso por encima, hijos míos, la corrida que dimos tras la fiera. Otra vez les voy a contar con detalles una corrida de caza en el monte. Básteles saber por hoy que a las cinco horas de ladridos, gritos y carreras desespera-

das a través del bosque quebrando las enredaderas con la frente, llegamos al pie de un árbol, cuyo tronco los perros asaltaban a brincos, entre desesperados ladridos. Allá arriba del árbol, agazapado como un gato, estaba el puma siguiendo las evoluciones de los perros con tremenda inquietud.

Nuestra cacería, puede decirse, estaba terminada. Mientras los perros "torearan" a la fiera, ésta no se movería de su árbol. Así proceden el gato montés y el tigre. Acuérdense, chiquitos, de estas palabras para cuando sean grandes y cacen: tigre que trepa a un árbol, es tigre que tiene miedo.

Yo hice correr una bala en la recámara del winchester, para enviarla al puma entre los dos ojos, cuando uno de los cazadores me puso la mano en el hombro diciéndome:

-No le tire, patrón. Ese bicho no vale una bala siquiera. Vamos a darle una soba como no la llevó nunca.

¿Qué les parece, chiquitos? ¿Una soba a una fiera tan grande y fuerte como el tigre? Yo nunca había visto sobar a nadie y quería verlo.

¡Y lo vimos, por Dios bendito! El cazador cortó varias gruesas ramas en trozos de medio metro de largo y como quien tira piedras con todas sus fuerzas, fue lanzándolos uno tras otro contra el puma. El primer palo pasó zumbando sobre la cabeza del animal, que aplastó las orejas y maulló sordamente. El segundo garrote pasó a la izquierda lejos. El tercero, le rozó la punta de la cola, y el cuarto, zumbando como piedra escapada de una honda, fue a dar contra la cabeza de la fiera, con fuerza tal que el puma se tambaleó sobre la rama y se desplomó al suelo entre los perros.

Y entonces, chiquitos míos, comenzó la soba más portentosa que haya recibido bebedor alguno de sangre. Al sentir las mordeduras de los perros, el puma quiso huir de un brinco. Pero el cazador, rápido como un rayo, lo detuvo de la cola. Y enroscándosela en la mano como una lonja de rebenque comenzó a descargar una lluvia de garrotazos sobre el puma.

¡Pero qué soba, queridos míos! Aunque yo sabía que el puma es cobardón, nunca creí que lo fuera tanto. Y nunca creí tampoco que un hombre fuera guapo hasta el punto de tratar a una fiera como a un gato, y zurrarle la badana a palo limpio.

De repente, uno de los garrotazos alcanzó al puma en la base de la nariz, y el animal cayó de lomo, estirando convulsivamente las patas traseras. Aunque herida de muerte, la fiera roncaba aún entre los colmillos de los perros, que lo tironeaban de todos lados. Por fin, concluí con aquel feo espectáculo, descargando el winchester en el oído del animal.

Triste cosa es, chiquillos, ver morir boqueando a un animal, por fiera que sea, pero el hombre lleva muy hondo en la sangre el instinto de la caza, y es su misma sangre la que lo defiende del asalto de los pumas, que quieren sorbérsela.

LOS CACHORROS DEL AGUARÁ-GUAZÚ

Voy a cantarles ahora, chiquitos, la historia muy corta de tres cachorritos salvajes

que asesiné -bien puede decirse-, llevado por las circunstancias.

Hace ya algún tiempo, poco después del asunto con la serpiente de cascabel, que les conté con detalles, tres indios de Salta enfermos del chucho y castañeteando los dientes, los tres, llegaron a venderme tres cachorritos de aguará-guazú casi recién nacidos.

Yo no tenía vacas, ustedes bien saben; ni una mala cabra para alimentar con su leche a los recién nacidos. Iba, pues, a desistir de adquirirlos, por mucho que me interesaran los zorritos, cuando uno de los indios, el más flaco y más tiritante de chucho, me ofreció en venta también, dos tarros de leche condensada, que extrajo con gran pena del bolsillo del pantalón.

¿Habrán visto indio más pillo? ¿De dónde podía haber sacado sus tarros de leche? De un ingenio, seguramente. Estos indios de Salta van todos los otoños a trabajar en los ingenios de azúcar de Tucumán. Allí aprenden muchas cosas. Y entre las cosas que aprenden, aprenden a apreciar la bondad de la leche cuando sus chicos están enfermos del vientre.

El indio poseedor de los tarros de leche condensada era seguramente padre de familia. Y pensó con mucha razón que yo le compraría sus tarros para criar a los aguaracitos. Y el demonio de indio acertó, pues yo, entusiasmado con los cachorritos, que compré por un peso los tres, pagué diez por los dos tarros de leche. Y a más pagué un paquete de tabaco, y un retrato de mi tío, que vio colgado en la carpa. Hasta hoy no sé qué utilidad puede haberle reportado ese retrato de mi tío.

Crié, pues, a los cachorros de aguará-guazú, o gran zorro del Chaco, como también se le llama.

El aguará-guazú es, en efecto, un zorro altísimo y flaco que tiene toda la apariencia del lobo. No hay en toda la selva sudamericana un animal más arisco, huraño y ligero para correr. Tiene la particularidad de caminar moviendo al mismo tiempo las patas del mismo lado, como lo hace también la jirafa. Es decir, todo lo contrario del perro, el caballo y la gran mayoría de los animales, que caminan avanzando al mismo tiempo las patas alternadas y cruzadas.

En el campo, sin embargo, se suele enseñar a los caballos un paso muy distinto del que tienen, y que se llama "paso andador". Este paso, que no fatiga al jinete y es muy veloz, se efectúa precisamente, avanzando al mismo tiempo las patas del mismo lado, como la jirafa y el aguará-guazú.

En nuestro zoo, detrás del pabellón de las grandes fieras, había hace tiempo un aguará-guazú que iba constantemente de un lado a otro, con su gran paso fantástico. Creo que murió al poco tiempo de estar encerrado, como mueren todos los aguarás a quienes se priva de su libertad.

Yo también perdí a mis aguaracitos: pero no de tristeza -¡pobrecitos!- sino por la mala alimentación. Yo les di leche tibia cada tres horas, los abrigaba de noche, les frotaba el cuerpecito con un cepillo para reemplazar a la lengua de las madres que lamen horas enteras a sus cachorros. Hice cuanto puede hacer un hombre solo y desprovisto de recursos para criar tres fieras recién nacidas.

Durante dos semanas, y mientras duró la leche condensada, no hubo novedad alguna. A los siete días los cachorritos caminaban ya gravemente, aunque todavía un poco de costado. Tenían los ojos de un azul ceniciento y desvanecido. Miraban con gran atención las cosas, aunque apenas veían. Y cuando una mosca se plantaba delante de ellos, bufaban de susto, echándose atrás.

Como yo venía a ser su madre para ellos, me seguían por todas partes, pegados a mis botas, debiendo yo tener gran cuidado para no pisarlos. Tomaban de mi mano la

Librodot

mamadera que construí con un recipiente de tomar mate y un trapito arrollado.

Nunca se hallaban más a gusto conmigo que a la hora de mamar. Pero el día que, previendo la falta de leche, les di un pedacito de pava del monte para irlos acostumbrando al cambio de alimentación, ese día no reconocí a mis hijos.

Apenas olfatearon la carne en mi mano, se agitaron como locos, buscándola desesperadamente entre mis dedos, y cuando les hube dado a cada uno su presa de ave, se alejaron cada cual por su lado y con el pescuezo bajo, a esconderse entre el pasto para devorar su presa.

Yo los seguí uno por uno para ver cómo procedían. Pero apenas me sintieron, se erizaron en una bolita colérica, enseñándome los dientes. Ya comenzaban a ser fieras.

A nadie en el mundo sino a mí conocían y querían. Tomaban de mi mano su mamadera, gruñendo imperceptiblemente de satisfacción. Y había bastado un trozo de carne para despertar en ellos bruscamente su condición de fieras salvajes y cazadoras, que defienden ferozmente su presa. Y ante mí mismo, que los había criado y era su madre para ellos.

Al concluirse el segundo tarro de leche, yo supuse que mis tres aguaracitos debían hallarse ya acostumbrados a la alimentación carnívora, único alimento que yo podía proporcionarles en adelante. Pero no fue así. Al suprimirles la leche, decayeron de golpe. Los tres comenzaron a sufrir descomposturas de vientre que no los dejaban ni descansar. Tenían el cuerpo muy caliente, y salían del cajón con el pelo erizado y tambaleándose.

Cuando yo les silbaba, volvían lentamente la cabeza a todos lados, sin lograr verme. Tenían ya en los ojos un velo lechoso, como los animales y las mismas personas en agonía. Las descomposturas de vientres se hicieron cada vez más continuas hasta que una mañana los tres aguaracitos amanecieron muertos, en su cajón, y ya cubiertos de hormigas.

Esta es, chiquitos, la corta historia de tres zorritos salvajes privados de su madre desde el nacer, y a quienes un hombre desprovisto de todos los recursos hizo lo posible para prolongar la vida. Muchas veces, allí, en Buenos Aires, al pasar delante de las lecherías tan baratas, me he acordado de aquellos pobres cachorritos de teta, envenenados por la alimentación carnívora.

Recuérdenlo también ustedes, hijitos míos. No críen animales si no pueden proporcionarles la misma alimentación que tendrían junto a su madre. Muchísimo más que por debilidad, mueren los pichones y cachorros por exceso de comida. Los empachos de harina de maíz han matado más tórtolas que la más atroz hambre.

Robar un animalito a su nido para criarlo por diversión, por juguete, sabiendo que fatalmente va a morir, es un asesinato que los mismos padres enseñan a veces a sus criaturas. Y no lo hagan ustedes, nunca chiquitos míos.

EL CÓNDOR

Chiquitos:

Lo que les conté en mi carta anterior sobre los zorritos que quise criar y no pude, estuvo a punto de repetirse ayer mismo aquí, sobre el lago Nahuel Huapi. Lo que esta vez quise criar fueron tres pichones de cóndor. Yo los había visto días atrás en la grieta de una montaña que cae a pico sobre el lago, formando una lisa pared de piedra

de 50 metros de altura. Ese acantilado, como se llama a esas altísimas murallas perpendiculares, forma parte de la cordillera de los Andes. A la mitad de la altura del acantilado existe una gran grieta en forma de caverna. Y en el borde de esa grieta yo había visto tres pichones de cóndor que tomaban el sol, moviéndose sin cesar de delante a atrás.

Ustedes saben, porque se los he contado, que en el momento actual no hay cóndores en nuestro jardín Zoológico. Parece mentira, pero así es. Los que había murieron de reumatismo y otras enfermedades debidas a la falta de ejercicio. Y por más que se ha hecho, no ha podido conseguirse más cóndores.

Al ver aquellos tres pichones con su pelusa gris, tomando juntos el sol moribundo, deseé cazarlos vivos para ofrecérselos a Onelli[1]. Los pichones de aves carnívoras como los pirinchos y los cóndores, se crían muy bien en cautividad.

¿Pero cómo cazarlos, chiquitos? Era imposible trepar por aquella negra y fantástica muralla de piedra, sin una saliente donde poder hacer pie. Iba pues, a perder las esperanzas de poseer mis condorcitos cuando un muchacho chileno, criado entre precipicios y cumbres de montaña, se ofreció a traérmelos vivos, siempre que yo lo ayudara con mis compañeros.

El plan del muchacho era tan arriesgado como sencillo. Consistía en atarse una cuerda a la cintura y descender desde lo alto del acantilado hasta el nido de cóndores. Nosotros iríamos soltando la cuerda hasta que el muchacho alcanzara la grieta. Se apoderaría entonces de los pichones que, con seguridad, le lastimarían las manos con sus garras, y después de meterlos en una bolsa que llevaría atada al cuello, daría tres tirones a la cuerda para avisarnos que todo estaba listo.

Como ven, chiquitos, el plan no podía ser más simple. Con un cazador de cordillera como él, no había que temer el mareo o vértigo. Sólo quedaba, y muy grande, el peligro de que los cóndores padres regresaran antes de hora a su nido.

Nosotros habíamos observado que el casal de cóndores se ausentaba siempre a mediodía, para regresar a la caída de la tarde. Seguramente iban hasta muy lejos, a buscar alimento para sus hijos. Pero comenzando temprano la cacería, no había miedo de que nos sorprendieran.

Tal fue lo que hicimos. A las dos de la tarde de un día nublado (ayer mismo, chiquitos: ¡qué largo parece el tiempo cuando se ha sufrido una desgracia!); a las dos, pues, atamos la cuerda a la cintura del muchacho, sujetándole a la espalda la bolsa para encerrar dentro a los condorcitos. A las dos y diez minutos aflojamos todo el primer metro de cuerda, y el muchacho chileno quedó suspendido sobre el abismo.

Esta maniobra parece fácil y rápida, hijitos míos, contada así. Pero a nosotros, que estábamos allá arriba aflojando la cuerda poco a poco, mientras el muchacho se balanceaba sobre quinientos metros de vacío, aquello nos parecía horriblemente lento y largo.

Cien... doscientos... doscientos cincuenta metros... De pronto, la súbita flojedad de la cuerda nos hizo conocer que el muchacho había por fin hecho pie en el pretil de la grieta. Y la tarde, muy nublada, comenzaba a oscurecer ya. El tiempo había cambiado también. Súbitamente, un gran frío se había abatido sobre nosotros mientras los altos picos de la cordillera desaparecían tras una borrasca de nieve.

Uno de nosotros gritó de pronto:

[1] Se trata del, en ese entonces, director del jardín Zoológico. Hacia 1931 ya no ocupa ese puesto, como puede deducirse del agregado al texto "El cuendú", en Suelo natal (1931):."...lo puse en manos de Onelli, entonces su director".

-¡Los cóndores! ¡Los cóndores!

En efecto: pequeños aún, se veían contra el cielo blanco dos puntitos oscuros que aumentaban velozmente de tamaño. Eran los grandes cóndores que regresaban temprano al nido ante la inminente borrasca de nieve.

La situación era tremenda para el infeliz muchacho. ¿Qué destino podía esperarle?

Otro de nosotros gritó con todas sus fuerzas:

-¡Ligero! ¡La cuerda! ¡Si dentro de diez minutos no hemos recogido toda la cuerda, el pobre muchacho está perdido!

Como locos, nos pusimos todos a recoger la cuerda.

Chiquitos: Yo nunca he visto en mi vida posición más desesperada ni ser humano a quien amenazara muerte más atroz. El muchacho podría defenderse un instante con su cuchillo; pero sin contar los terribles picotazos de los cóndores que al fin lo destrozarían, tampoco podría resistir a sus tremendos aletazos.

Y mientras tirábamos y tirábamos con furia, llegó a nuestros mismos oídos el silbido del aire cortado por las inmensas alas de los cóndores. Los dos cóndores habían ya oído también el graznido de sus pichones, encerrados en la bolsa. Ambos lanzáronse como una flecha sobre el cazador; y al estar ya sobre él, con un golpe de ala desviaron bruscamente el vuelo. El primer cóndor alcanzó asimismo al muchacho con la extremidad de sus potentes alas, mientras el segundo lo alcanzaba de pleno lanzándolo al vacío de un terrible aletazo.

Yo y otros más nos habíamos tendido de boca sobre el mismo pretil de la muralla, desesperados de poder salvar al desgraciado. Y vimos a la infeliz criatura sacudida, golpeada, girando sobre sí misma en la extremidad de su cuerda, mientras los cóndores, con sus rojas pupilas fulgurantes de ira, giraban sin cesar alrededor de un tremendo aletazo.

El desgraciado muchacho, con los brazos pendientes y la cabeza doblada, había perdido el conocimiento. Y nosotros tirábamos de la cuerda,

¡ay!, demasiado lentamente.

-¡Más ligero, por Dios! -gritaba sollozando el hermano del desgraciado muchacho-. ¡Faltan cien metros solamente! ¡Ochenta! ¡Faltan cincuenta nada más! ¡Valor, por amor de Dios!

¡Ay, chiquitos! Ni por el amor de Dios, pudimos salvar a la pobre criatura. Ante la amenaza de que el ladrón de sus hijos pudiera escapárseles y ante nuestra vista misma, los cóndores cayeron uno tras otro sobre la víctima, y por un momento pudimos ver las garras, rojas de sangre, hundidas en la infeliz criatura, mientras sus picos de acero se alzaban y hundían en el vientre con la fuerza de un martinete.

Algunos de nosotros, que nada veían, gritaron aún:

-¡Animo! ¡Faltan sólo diez metros! ¡Ya está! ¡Ya está aquí!...

¡Pobre chilenito! ¡Sí; ya estaba! Pero lo que estaba por fin en nuestras manos, atado aún por la cuerda a la cintura, era sólo el cadáver destrozado de un chico de gran valor.

Mas no era únicamente él el muerto.

Dentro de la bolsa colgada al cuello yacían también muertos a picotazos los tres pichones de cóndor. Las gatas, las leonas y muchos otros animales matan a veces a sus crías cuando han sido tocadas por el hombre.

Triste destino, en verdad, el de los cóndores, chiquitos, pues si nosotros habíamos perdido a un heroico cazador, ellos, los cóndores habían perdido el año, su nido y sus tres hijos, sacrificados por ellos mismos.

CACERÍA DEL ZORRINO

Chiquitos:

Uno de los animales salvajes más bonitos de la Argentina y Uruguay es un pequeño zorro de color negro sedoso, con una ancha franja plateada que le corre a lo largo del lomo. Tiene una magnífica cola de largos y nudosos pelos, que enarbola como un plumero.

Este zorrito, en vez de caminar, se traslada de un lado a otro con un galopito corto lleno de gracia. Es mansísimo, y a la vista de una persona ni piensa siquiera en huir. Posee una gracia de movimientos que le envidiarían las mismas ardillas, y pocos animalitos del mundo dan más ganas de acariciarlos.

Pero el que pone la mano encima de esta bellísima criatura, chiquitos míos, no vuelve a hacerlo en su vida.

Una vez, en el departamento de Paysandú, en la República Oriental del Uruguay, fui testigo del mal rato que dio este lindo zorrito a un joven inglés recién llegado a América.

Ustedes saben, chiquitos, que nosotros, en la región del Plata, atribuimos siempre a los ingleses las anécdotas o cuentos basados sobre un error de lengua. Los ingleses en general no tienen la tonta vergüenza nuestra de no querer hablar un idioma porque lo pronunciamos mal. Ellos, de lo que sienten vergüenza, es de no hacer lo posible por aprender en seguida la lengua del país donde viven. De aquí que cometan al principio muchos errores de pronunciación, que a nosotros nos hacen reír, y que fomentamos muchas veces por malicia.

A un joven inglés, pues, y a propósito del lindo bichito que nos ocupa, le vi cometer el más tremendo error que sea posible cometer.

Yo había llegado hacía diez días a una estancia solitaria poblada por una vieja familia criolla, y amiga, como todos los criollos viejos, de embromar a los extranjeros recién venidos.

El decimo día de mi estada llegó el inglesito con ánimo de aprender las costumbres del campo. No sabía casi nada de español; pero ponía todo su entusiasmo en aprenderlo. Hacía preguntas sobre todo lo que veía, y repetía tan mal las palabras que todos, y él incluso, nos reíamos en grande de sus disparates.

Los viejos criollos de la estancia le enseñaron cambiadas muchas palabras. Se le dijo que "caliente" se decía "frío", y que "rico", quería decir "feo". Y aquí venía la historia.

El inglesito llevaba consigo un perro foxterrier que, como ustedes lo saben bien, son grandes cazadores de ratas, zorros, comadrejas; de todo bicho, en fin, que vive en cueva. Ese perrito blanco era el único que le quedaba de cuatro que el año anterior había llevado a la India. Los otros tres habían muerto por querer jugar con las terribles víboras de la India, llamadas cobras copelo. Los perros foxterrier que van por primera vez a la India, creen que las cobras copelo son gusanos, y las muerden de la cola. Las víboras se vuelven entonces, y a la media hora los perritos no vuelven a perseguir nunca más gusanos, porque han muerto.

Una noche, pues, que había magnífica luna, el perrito del inglés se fue a pasear por el campo, en busca de caza, mientras nosotros quedábamos en el comedor, tomando

mate. El inglesito, tan empeñoso en adaptarse a las costumbres del país como en aprender su idioma, tomaba mate a todas horas quemándose la lengua y chupando como un rabioso de la bombilla, como si quisiera absorberla.

Concluida nuestra charla, nos retiramos todos a nuestras habitaciones. Y ya hacía tiempo que dormíamos con la frescura de la noche, cuando fuimos despertados por los desgarradores aullidos del foxterrier. Los perros de la estancia luchaban también, pero de un modo distinto: toreaban, como se dice. Pero el perrito inglés aullaba como un condenado.

Apenas habíamos tenido tiempo de asomamos a la ventana, cuando vimos al inglesito correr en piyama a la luz de la luna, y bajarse luego a recoger algo del suelo. Pero con la rapidez con que lo vimos salir a proteger a su Cuzco, lo vimos regresar, y a todo escape, agarrándose la cabeza entre las manos.

-¿Qué tiene, míster Dougald? -le preguntamos todos ansiosos-. ¿Qué le ha pasado?

-¡Perrito mío! -contestó tan sólo gimiendo.

-¿Y qué tiene su perrito? -proseguimos nosotros, suponiendo que le habría pasado una gran desgracia.

-¡Rico olor! ¡Oh, olor muy rico!

-¡Olor rico! -dijimos entonces extrañados-. ¿Y de qué puede tener tan rico olor? ¿No estará equivocado, míster Dougald?

-¡No, no! -respondió haciendo horribles visajes-. ¡Rico, riquísimo olor! ¡Pobre perrito mío!

Nosotros no nos acordábamos más de las palabras cambiadas que le enseñábamos y estábamos ya dispuestos a creer que el joven inglés se había vuelto loco con el sereno, cuando llegó revolcándose y aullando a la par el perrito tan perfumado.

Al verlo llegar, su dueño corrió también a encerrarse en su cuarto, como si su perro fuera el mismo demonio; mientras el cuzco, al pasar, nos infestaba a nosotros de su insoportable olor; el olor sofocante, amoniacal y nauseabundo que despide el zorrino.

-¡Por fin! -dijimos nosotros, tapándonos las narices-. ¡En vez de decir olor feo, feísimo, el inglés dice rico, riquísimo!

Nosotros se lo habíamos enseñado así, y nuestra era la culpa. Tal era el perfume que casi había quemado los ojos del inglesito, al querer levantar del suelo a su oloroso pichicho.

Sí, chiquitos. Era un zorrino, ni más ni menos, el que había perfumado al inglés y a su perro. Ustedes recuerdan el fuerte tufo de las comadrejas, zorros y leones que pueblan nuestro zoo. Al cruzar por delante de una de esas jaulas, se conoce en seguida por el tufo que el animal que las habita es una fiera carnívora. Los animales carnívoros despiden todos un olor amoniacal muy fuerte.

Pero ninguno de esos tufos es comparable al olor que despide el zorrino. Es, como decimos nosotros, un olor que "voltea". Nada más expresivo se puede decir que esto. Un hombre que recibe la fea descarga en el rostro, cae con seguridad desmayado. Hasta puede morir por asfixia, si el líquido ha penetrado en la nariz. Se conocen casos de ceguera, por haber tocado los ojos el cáustico líquido. Y el zorrino, este lindísimo animalito que tiene la potencia de una descarga de artillería, era la linda cosa que el inglés había querido levantar tras el corral.

Cuando el zorrino se siente perseguido, detiene su galopito y se apronta para la lucha. El no posee otra arma que su descarga nauseabunda. ¡Pero qué arma, hijos míos! Si quien se acerca al zorrino es un hombre o un animal que nunca lo han visto, el zorrino los deja acercarse, hasta que aquéllos se hallan a dos o tres metros. Gira entonces sobre sí mismo, vuelve el anca a su enemigo, levanta la cola como un

plumero... y hace su descarga.

La hace hacia atrás, como los leones. Y esto solo, basta. Los hombres que reciben el líquido gritan enloquecidos, los perros se revuelcan aullando. Y el zorrinito, contento y satisfecho de la vida, reanuda a la luz de la luna su paseo al galopito corto.

Pero no siempre es día de fiesta para el zorrino. Hay hombres que lo reconocen desde lejos, y perros que habiendo sido una vez rociados ligeramente, aprenden a cazarlos. Y digo rociados ligeramente, chiquitos, porque si un perro, por bravo que sea, llega a recibir una de esas descargas en la cara, no vuelve jamás por nada del mundo a perseguir zorrinos.

Los perros de la estancia conocían muy bien a su enemigo. Y de aquí la toreada de esa noche, mientras el perrito blanco se precipitaba sobre aquel manso animalito.

Así pues, salimos todos de las casas, menos el inglesito, a presenciar la lucha de los perros con el zorrino.

A la luz de la luna veíamos bien al zorrino con su franja de pelo plateado en medio del lomo y su gran cola al aire. Los perros giraban a su rededor, ladrando como desesperados, mientras el zorrino volvía el anca a los más avanzados, pronto a lanzar su descarga cuando alguno se pusiera a distancia.

Pero la táctica de los perros consiste precisamente en marear a su enemigo girando sin cesar y haciendo falsas acometidas para que el zorrino se equivoque y descargue su chorrito al aire.

Eso fue lo que pasó esa noche. A fuerza de girar y girar, estrechando cada vez más el círculo, un perro hizo presa del cuello del zorrino, lanzándolo al aire. Y cuando cayó, los cinco perros estaban sobre él, destrozándolo.

Por el inglesito, que se ausentó un mes después de la estancia, tuvimos por largo tiempo noticias del zorrino.

"Hace ya un año", nos decía en una carta, "que lavo el pañuelo con que me limpié las manos aquella noche. Y por más soda y lavandina que le pongo, no consigo que pierda del todo el olor a zorrino. Conservo el pañuelo como un recuerdo del feliz mes pasado con ustedes, y del 'riquísimo' olor a zorrino, que me enseñaron ustedes a decir, con tanta amabilidad."

CARTAS DE UN CAZADOR

Las historias que aquí se van a contar son el relato de las cacerías de animales salvajes que efectuó un hombre con gran peligro de su vida, y que regresó por fin a Buenos Aires con el pecho y la espalda blancos de cicatrices, bien que tuviera la piel muy quemada por el sol.

Este hombre recorrió las grandes selvas cazando; y para contar las fieras, cocodrilos y monstruosas serpientes que mató habría que comenzar varias veces la cuenta desde el dedo pulgar.

Gastó también mucho dinero en armas y balas, porque los fusiles capaces de desplomar de un solo tiro a un elefante, cuestan centenares de pesos. Y estuvo a punto de morir siete veces, y en gran peligro, muchísimas más.

Pero este hombre tenía una salud de hierro y un valor sereno y frío, no loco valor de león, sino valor de hombre que sabe a lo que se expone, lo que vale mucho más. Con la vida activa y la frugalidad de su comida, pues, se salvó de las fiebres mortales

y las heridas.

Para comprar las armas y las municiones vendía las pieles de los animales cazados, y aun otros productos de gran valor en las ciudades, como colmillos de elefantes, dientes de hipopótamo, cueros de monos del África y plumas de pájaros de la Oceanía.

Este hombre se llamaba... Pero su nombre no hace al caso, y por esto no daremos más que sus iniciales. Éstas eran D. D. Mas sus hermanitos lo llamaban Dum-Dum, exactamente como las terribles balas de ese nombre para cazar fieras. (En algunas partes se han cazado también hombres con estas balas.)

De modo, pues, que Dum-Dum tenía hermanitos. Y no pocos: eran cuatro criaturas; la mayor de doce años, y la menor de cuatro. Dum-Dum tenía treinta años. La diferencia de edad con sus hermanitos se explica por el casamiento en segundas nupcias del padre de Dum-Dum con una hermosa joven, madre de los cuatro chicos mencionados. Esta madre joven y hermosa tenía también mucha fortuna, por lo cual la familia entera vivía con gran comodidad. Pero Dum-Dum prefirió seguir viviendo pobremente de su trabajo; y ganándose la vida con su fusil, lo encontramos internado en las profundas selvas tropicales, donde por toda luz hay apenas un crepúsculo, y donde se puede andar meses enteros sin que se interrumpa el silencio.

De vez en cuando Dum-Dum llega a una población donde hay correo, y desde allí escribe a sus hermanitos, contándoles los incidentes, a veces terribles, por que pasa en sus cacerías. Pero por lo común es de noche, cuando está a centenares de kilómetros de toda población, cuando escribe sus cartas. Bajo su carpa que apenas se alcanza a distinguir en las tinieblas de la noche, Dum-Dum enciende un rato su linterna eléctrica, de modo que toda la luz se proyecte sobre su libreta, y allí escribe con lápiz. A veces escribe tiritando de fiebre, o con los dientes apretados por el dolor que le causa una herida recibida esa mañana y cuya sangre gotea en ese momento mismo hasta el suelo.

Pero no importa: Dum-Dum es fuerte, Dum-Dum es un gran cazador, y quiere muchísimo a sus hermanitos menores, los cuales, nos olvidábamos de decirlo, tienen idolatría por su gran hermano Dum-Dum. Aún diría que lo quieren tanto como a sus mismos padres. Lo cual no tiene nada de reprensible, cuando el hermano así querido tiene el valor y la bondad de Dum-Dum.

Comenzaremos, pues, a publicar las cartas desde el próximo número. Creemos que en estos momentos el cazador está gravemente herido en el Chaco, al lado de un enorme tigre. Ya veremos si es cierto.

PARA LOS NIÑOS

Queridos hermanitos:

¡Qué gran cosa poderles escribir por fin, después de lo pasado! Un poco más y ya no queda más Dum-Dum en el mundo, chiquitos. Ya les conté que un tigre de Bengala, en el Asia, me abrió una vez la espalda de un solo manotón, y que la sangre saltaba como de cinco manantiales. Las uñas de un tigre, hermanitos, son como cinco puñales atados en una pata de tremenda fuerza. ¡Figúrense ahora cómo habré quedado yo entonces!

Hace ahora cuarenta y ocho horas justas que maté en la orilla del río Salado a un

enorme jaguar, o tigre, como los llamamos comúnmente. Estos tigres americanos son a veces tan grandes como los de la India, y allí mismo, en Buenos Aires, había en el zoológico un jaguar cebado (esto quiere decir que están acostumbrados a comer carne humana), que era casi del tamaño de un tigre del Asia...

(Aquí la letra no se puede leer y hay una mancha amarilla.)

Hermanitos: me desmayé mientras escribía. Estoy muy mal todavía y las heridas me hacen sufrir mucho. Continúo perdiendo sangre... ¿Notan esa gran mancha que hay arriba? Es una gota de sangre que cayó de las vendas de la cabeza...

¡Pero, ánimo, hermanitos! Dum-Dum tiene la vida muy dura, y pronto estaré como antes. Les voy a contar ahora lo que me pasó con el tigre.

Hace tres días estaba acampado en la orilla del río Salado, en el Territorio del Chaco, cuando llegó corriendo a gritos un tropel de indios desnudos a decirme que a una legua de allí, en la orilla del Salado, un tigre había matado a un gran ciervo, y que el ciervo estaba todavía a medio comer, lo que era indicio de que el tigre volvería a la noche. (En efecto, chiquitos, el tigre tiene por costumbre volver a la noche siguiente de haber matado a un gran animal para concluir de comerlo.)

Yo fui en seguida con los indios y vi en la playa al ciervo, uno de cuyos cuernos estaba todo hundido en el barro, y tenía el pescuezo torcido para arriba, y la lengua de fuera. En la orilla del río no había ni un árbol para trepar en él y cazar al tigre al acecho. Entonces se me ocurrió una excelente idea, y al caer la tarde me desnude completamente, me unté todo el cuerpo con grasa, y metí la cabeza dentro de una gran calabaza para tomar mate. (Hay algunas de esas calabazas mucho más grandes que las pelotas de fútbol.) Entonces me interné en el río hasta los hombros, y de mí no quedaba fuera del agua más que la calabaza.

No conocían ustedes este modo de cazar tigres, ¿no es cierto? Yo tampoco, y lo aprendí de los indios que así cazan patos. Pasan las horas enteras metidos en el agua, y los patos, que no desconfían de un mate que boya en el agua, se acercan. Los indios, entonces, los agarran despacito, de las patas, por debajo del agua, ¡y adiós pato!

Claro está, hermanitos, yo no iba a agarrar de las patas al tigre; pero tenía en la mano una cosa mejor, y esta cosa es la pistola Parabellum de repetición, que carga siete balas y alcanza a dos mil quinientos metros.

La noche cayó, entre tanto. Yo permanecía inmóvil, con bastante frío, pero devorando con los ojos la playa por ver si se acercaba el tigre. En la oscuridad apenas alcanzaba a ver al ciervo. Ni a derecha, ni a izquierda, ni atrás: en ninguna parte veía a mi enemigo.

¡De pronto lo vi! O lo distinguí, mejor dicho, porque estaba oscurísimo. Estaba comiendo al ciervo ya, y oía el crujido de los huesos.

Yo no veía sino un bulto negro inmóvil, que era el ciervo muerto, y otro bulto negro que forcejeaba encima roncando, y era el tigre.

No tenía tiempo que perder. Lentamente, muy lentamente, levanté del agua el brazo, y apuntando al tigre entre los dos ojos verdes, hice fuego.

Tras la detonación misma, como si los dos ruidos fueran simultáneos, sonó un tremendo aullido y el tigre rodó por el suelo. Yo salí del río chorreando, me quité el porongo de la cabeza, y me acerqué al tigre, que yacía tendido, estirando a sacudidas las patas de atrás y luego las de adelante como si tuviera cuerda.

Estaba, sin duda, mortalmente herido, pero no quería morir del todo. Me agaché por consiguiente, para rematarlo de otro tiro, cuando... ¡ay, hermanitos!... De un solo zarpazo me lanzó al suelo. Caí de cabeza, y choqué la frente contra un colmillo del tigre. La otra zarpa cayó como un rayo en mi nuca. A pesar de sentir mis carnes

Librodot

desgarradas, tuve tiempo de buscar con la mano la boca del animal, y al encontrarla allí, dentro de la boca misma, chorreando sangre, hice fuego. Después... no sé lo que pasó.

Volví en mí al cabo de veinticuatro horas. Los indios me habían reti rado de entre las patas del tigre, y bailaban todos, cantando para que me curara.

-¿Y el tigre? -les pregunté.

-¿Tigre? -me respondieron-. Muerto... muerto para siempre...

Cabeza deshecha... Bala palabubún (querían decir Parabellum) entró por la boca... ¡Linda palabubún!

Y aquí tienen, queridos hermanitos, mi aventura con el tigre. Un indio muy resfriado que parte esta noche para el sur, llevará esta carta. Y hasta otra, chiquitos, un abrazo de

Dum-Dum